

la producción de conocimientos en el campo del diseño

*luis romero**

Lograr la aspiración de producir conocimientos implica asumir una actitud crítica y constructiva que se enfrenta a retos magníficos: cambios en la interdependencia mundial, en condiciones de dependencia; desarrollo científico y técnico de impacto mundial, en una economía de mercado que se nos presenta como la realización de un espejismo; asentamiento de una política de desacumulación y subconsumo que acrecenta la dominación del capital sobre el trabajo. También es cierto que fuerzas sociales renovadas, herederas de grandes luchas por la realización de sujetos y masas democráticas, aparecen en la escena de las transformaciones, las que se están llevando a cabo y las deseables y posibles, aún sean lejanas.

En la universidad estos cambios se afrontan desde distintos puntos de vista y en una atmósfera viciada por una política neoliberal que reproduce prácticas que nos hundan cada día en la inestabilidad y la incertidumbre, en el burocratismo y la descalificación de cuadros críticos. Es decir que, consciente o inconscientemente, contribuyen a profundizar la distancia entre el mundo desarrollado y el nuestro perfilando un futuro incierto para la nación y su potencial para la creación de conocimientos que le sean verdaderamente útiles.

Por lo tanto, los centros de educación superior en México se enfrentan al gran reto de desempeñar un papel decisivo en aquellas cuestiones que nos atañen a todos, en la medida de nuestro futuro común.

La producción de conocimientos en el campo del diseño, particularmente en la UAM-X, afronta problemas de difícil solución en el contexto nacional: un proyecto liberal en vías de extinción por su inoperabilidad; un proyecto neoliberal no escrito, no explicitado en la universidad, que se erige como dominante, para lo que se alía con elementos supuestamente tecnocráticos, y un proyecto democrático de carácter nacional que aspira a producir cambios profundos en las instituciones educativas para que se inserten de manera viva en las cuestiones que a todos nos atañen y preocupan.

Estas dificultades que impiden cumplir un papel cultural democrático están dadas, en primer lugar, por la imposición de prácticas neoliberales-tecnocráticas que han venido consolidándose por la reducción de los individuos a la simple expresión de su oficio y de las instituciones educativas a su sola función técnica, promoviendo una burocracia especializada y descalificada, a la vez que desdeña la cultura en la medida que ésta es, esencialmente, rechazo al estancamiento, crítica y transformadora.

Aquí podríamos arriesgar una hipótesis: la crisis de la producción de conocimientos no es una crisis de los métodos para producirlos, no puede comprenderse a partir de los métodos: representa una crisis de los contenidos de la producción científica y de las condiciones de división y separación en que esta actividad se realiza.

Esto es así porque

La sociedad de nuestros días no puede enseñar lo que es, vale decir, justificarse, porque es injustificable, ni enseñar la contradicción entre lo que es y lo que pretende ser, puesto que ello sería comprometerse con la crítica revolucionaria (Snyders, G. La actitud de izquierda en pedagogía.)

Esto es lo que impide que la producción actual de conocimientos cumpla una función liberadora.

Es necesario entonces tratar el conjunto de los sujetos que diseñan, de los que producen conocimientos para el diseño y con el diseño. Esto es posible hurgando en las concepciones del mundo que los diseñadores sustentan, no sólo de su actividad especializada sino —asunto aún más importante— en cuanto a su condición de ciudadanos que se comportan, viven, trabajan y se vinculan en un mundo caracterizado por sus relaciones complejas, dinámicas y en crisis; todo esto con la finalidad de no reducirlos a la simple expresión de su oficio.

Es decir, se trata de ubicar el debate de la creación y producción de objetos y cosas, así como la "satisfacción de las necesidades humanas" en el modo históricamente variado. Un análisis de este tipo permitirá que afloren los efectos que la actividad intelectual de los diseñadores genera en la división social del trabajo y las tendencias de esta última en el proceso de creación de las cosas (y los

conocimientos) y de socialización de las cosas.

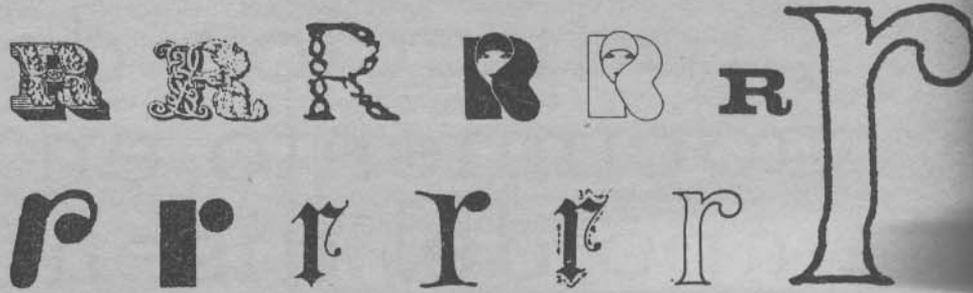
Es imprescindible explicarse a qué se debe que las prácticas del diseño no hayan producido una "inflexión" en la atención de las necesidades humanas y su reinterpretación y sobre las formas tradicionales de cultura superior.

Quisiera hacer un pequeño paréntesis para decirles que las reflexiones que comparto hoy con ustedes se alejan, en cierta medida, de los cánones establecidos hasta hoy por los diseñadores (forma, función, metodología, estructura, *marketing*, proyecto, etc.), pero también creo que los elementos tradicionales de análisis, discurso y producción del diseño no nos han ofrecido conocimientos y contenidos materiales suficientes para el desarrollo de una cultura autónoma, democrática.

En la coyuntura cultural que hoy vive México es preciso encontrar opciones al trabajo intelectual, de manera que los diseñadores puedan convertir su actividad en punta de lanza del desarrollo nacional en el marco de una amplia reforma democrática de la vida nacional que implica, desde luego, una transformación de la estructura cultural vigente y de sus modelos de producción científica, técnica, humanista y artística.

Cabe aclarar que por trabajadores intelectuales, desde mi punto de vista, se comprende a un conjunto social amplio. Son individuos que no desarrollan, en primer lugar, una actividad manual. Esta definición intenta abarcar a profesionales de todo tipo: diseñadores, médicos, ingenieros, funcionarios (públicos y privados), políticos, profesores, etcétera. Es decir que no son sólo los normalmente llamados intelectuales, o sea los que escriben en los periódicos o los "pensadores", escritores y filósofos de "élite". En nuestra sociedad son ya cientos de miles.

Es adecuado, entonces, ubicar a los diseñadores como trabajadores de la cultura. Por tanto, estos trabajadores pueden interesarse en la comunidad ligados a la resolución de



necesidades humanas, no sólo de una manera utilitaria sino en cuanto a la búsqueda de la satisfacción global, que no implica sólo la reducción de la fatiga o la adecuación somático antropométrica, sino la posibilidad de contribuir a desalienar la relación con las cosas y aún con los otros hombres y, más todavía, ofrecer un goce estético.

En este marco es importante señalar que la educación superior pública (tampoco la privada) ha desarrollado el debate y las acciones suficientes para que la ciencia y la técnica entren en consonancia con las novedosas exigencias socio culturales y políticas del país. Estas se han venido ausentando no sólo del ámbito de la producción de conocimientos sino también de la vida cotidiana de los ciudadanos, promoviendo una suerte de "realidad particularista" que separa tajantemente su actividad del resto de la comunidad.

En general, el estrecho debate y las incipientes propuestas y planes hasta ahora esbozados se restringen a promover la relación entre la universidad y la industria, y si bien este es un camino a desarrollar no es suficiente en virtud de que la universidad pública, productora de conocimientos para la nación y entendida de una manera verdaderamente moderna y democrática, debiera ejercer además un papel orientador, innovador y transformador.

Las tendencias que se vienen consolidando en los centros de producción de conocimientos eluden (consciente o inconscientemente) poner en el centro del problema aquello que permitiría que los esfuerzos de mu-

chos diseñadores (desarrollo tecnológico científico) incidieran con propuestas alternativas: en la actual división del trabajo, el proceso de trabajo, la consecuente alienación de grandes masas de trabajadores asalariados, ya sean obreros, técnicos o profesionales y la satisfacción de necesidades de la comunidad, lo que implica una revisión profunda de nuestros conceptos de necesidad humana.

Ante este conflicto resulta necesario incorporarse a una perspectiva condicionada, teórica y práctica, hacia la realización de la unidad "diseño sociedad". Ahora bien, para que esto sea posible es preciso partir de un principio claro: la democratización de los espacios de creación y socialización del diseño —de la técnica, de la ciencia, de la belleza— así como la democratización de los espacios de producción y realización del diseño.

Con este enfoque cobra sentido no sólo la realización con la producción, sino el reconocimiento de las implicaciones culturales que ciencia, técnica y diseño imponen a la comunidad en su conjunto.

Una primera aproximación a la reflexión en cuanto a la relación diseño-universidad-democracia está condicionada a la creación de espacios de integración que permitan el análisis, no sólo del problema concreto del diseño sino del papel que la producción de conocimientos (contenidos materiales para la cultura) y la acción especializada de los diseñadores —y su trabajo universitario— debe desempeñar en esa relación.

* Profesor del Departamento de Teoría y Análisis, UAM-X.